LAUDES DE PRIMAVERA
(Leyenda Franciscana)

Los pacíficos habitantes de la villa no podían conciliar el sueño por culpa de esos traviesos estudiantes que no estudiaban. Y como no estudiaban durante el día, no sentían la necesidad de descansar durante la noche, sino que se la pasaban en rondas nocturnas, alborotando por todas las callejas y entonando baladas ante determinados balcones.

Ya se sabía, el jefe de la banda nocturna era siempre Jacobo Benedetti. Si había una riña, él estaba complicado en ella. Si huelga de estudiantes, él la promovía. Si complot estudiantil contra un profesor, Jacobo no era ajeno a las consignas.

Sus padres, cansados, le enviaron a la Universidad de Bolonia, siempre con la esperanza de hacerle cambiar y de que las letras y la ciencia llegaran a ocupar el puesto de las travesuras juveniles. Mal que bien, hizo como pudo sus estudios, pero es de temer que la estancia en la gran ciudad no hiciera sino empeorar los defectos adquiridos en la villa natal. Regresó a Todi con un título universitario; con la figura apuesta, con la mirada soñadora y el volcán de sus pasiones más encendido que nunca.

Había pasado por las villas de Umbría la dulce silueta de Francisco de Asís, revolucionando

conciencias juveniles. Quizá varios de los antiguos rondadores, amigos de Jacobo, vestían ahora el sayal de los juglares de Dios. Y Jacobo, que en Bolonia había dejado lo que de religión le quedaba, se reía de ese frenesí que contagiaba las almas de sus coterráneos. Mientras unos lo dejaban todo para vivir la vida pobre y penitente, él buscaba una esposa que fuera sobre todo bellísima, para presentarla con orgullo colgada de su brazo.

La encontró muy hermosa, sí, y, sin quererlo él, también muy buena, a pesar de su nombre: Vana. Fue un enlace de amor y el amor ciega; quizá la joven no supo conocer en su noviazgo los grandes defectos de Jacobo. Cuando después del matrimonio se percibió de su ateísmo y de su desenfreno, ninguna queja le dio, pero se propuso conquistar para Dios el alma de su esposo. Penitencias y sacrificios le parecieron poca cosa con tal de dar la verdadera felicidad a aquél a quien amaba.

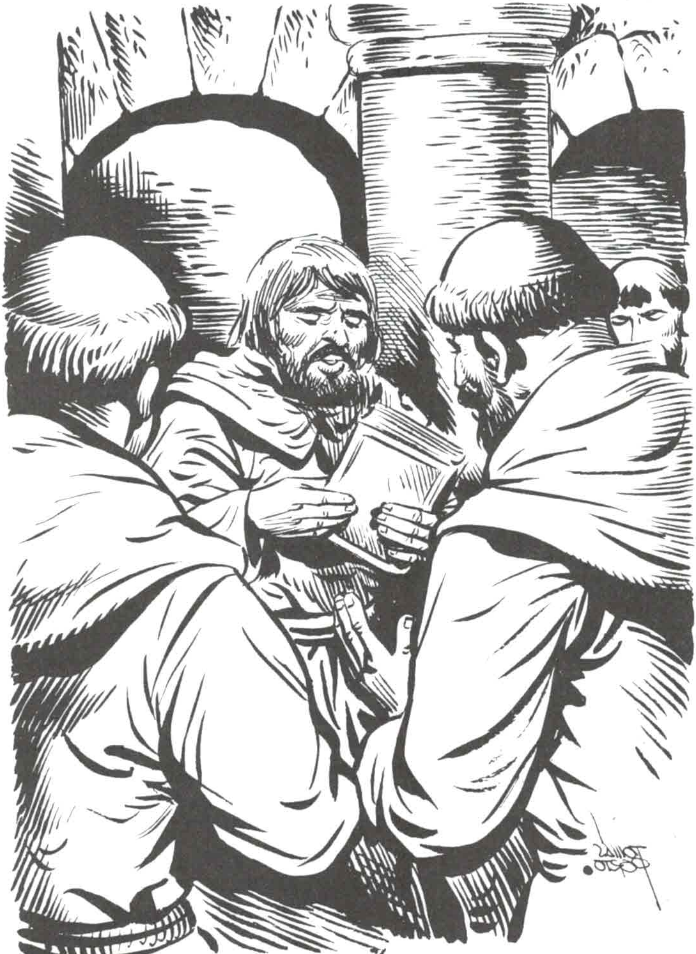
Jacobo, ignorante de todo, paseaba a su bellísima esposa por fiestas y reuniones. Poco más de un año llevaban casados, cuando unos amigos los invitaron al banquete de sus bodas. Siguió el baile; en lo más vertiginoso de una danza, cedió el piso de la sala, sepultando entre escombros a lo mejor de la sociedad de Todi. Jacobo sólo sufrió algunas contusiones, pero, a pesar de sus esfuerzos, no logró salvar a su mujer, que murió casi inmediatamente. Cuando ya en casa, la madre de Jacobo y la de Vana se disponían a amortajarla, la encontraron vestida de cilicio bajo el

traje de baile. Jacobo comprendió: Vana había ofrecido su vida por él; los sufrimientos de su esposa eran el precio de su alma. Y lloró largamente.

Ya en Todi no se hablaba sino de la repentina conversión de Jacobo Benedetti. Ha dado a los pobres todos sus bienes, hasta sus trajes más elegantes, y se ha revestido de una áspera túnica de penitente. Abandonando su carrera de abogado y todos sus negocios, se despidió de su familia y anda vagando por pueblos y ciudades en busca de humillación y de desprecio. Debe ser que el dolor le ha vuelto loco. Si no, no se comprende que aparezca en público caminando a cuatro patas y llevando sobre las espaldas una albarda de asno. Ni que en cierto convite ofrecido por su hermano a los nobles de Todi, se haya presentado del modo más ridículo, suscitando una risa general. Los chicos de la calle le cambiaron el nombre y ahora todos le llaman con desprecio: Jacopone...

Y Jacopone, el loco de la calle, escribe a sus solas unos versos bellísimos que él llama «Laudes» y en los que va volcando su alma entera.

Son ya diez años de penitencia, de pobreza y de humillación. Hace varios que se inscribió en la Tercera Orden Franciscana, pero un deseo de vida más ordenada le impele a entrar en un Convento Franciscano. Empresa difícil, porque los frailes han oído hablar de sus extremos y rarezas y temen habérselas con un loco o, por lo menos, con quien lo ha sido. ¿No habrá peligro de que,



Laudes de Primavera

una vez admitido, quiera continuar su santísimo, pero también desequilibrado modo de vivir?

Jacopone les deja en las manos el cuaderno manoseado donde va escribiendo sus «Laudes». Y los frailes, al recorrer las páginas, van quedando cautivados y convencidos. No. Un hombre que escribe así de Dios no es un cerebro enfermo. Y las estrofas les revelan un alma muy hermosa.

Fray Jacopone ya es fraile Menor. Sigue escribiendo «Laudes», pero ya no hace rarezas. Se ha enamorado del bien, tanto que cae en algunas exageraciones, muchas, porque no es alma de un término medio. Y por amor de lo mejor llega hasta combatir contra lo bueno. Hasta que el Papa Bonifacio VIII, carácter inflexible y firme, le encierra en una cárcel. Allí años y años van plateando sus sienes y domeñando sus ardores. Allí, poco a poco, va aprendiendo de mansedumbres y renuncias, mientras escribe versos de contrición y de esperanza. Cuando levantan su castigo, el frailecito deja con pena la prisión bienhechora donde, a pesar de ser tan fría, creció tanto su fuego interior de amor divino. Y regresa al Convento de Todi a darse a la penitencia más austera y a seguir cantando sus «Laudes» inmortales.

Casi no tiene fuerzas ya para pulsar el órgano cantando; su voz es cada vez más débil, su silueta más grácil y más diáfana. Lleva unos días muy pensativo, triste, como si escuchara una voz interior que le distrae de todo lo de fuera. Alguien teme que rumie recuerdos y rencores:

—No. No recuerdo las penas que pasaron. Son los dolores de la Señora los que me lloran en el alma.

Y una tarde de primavera llora también el órgano bajo los dedos transparentes de Fray Jacopone. Es una melodía nueva que jamás oyeron los frailes. Son unas «Laudes» tristes que van diciendo de penas y de lágrimas:

La Madre piadosa estaba
junto a la Cruz y lloraba...

Sin que la campana los congregue, sin que nadie los llame, los frailes se han ido reuniendo en la iglesia del Convento. Sus corazones van recibiendo la cascada de notas y de amores que desciende suavísima desde los dedos y los labios de Fray Jacopone:

Oh Madre, Fuente de amor,
hazme sentir tu dolor
para que llore contigo...

Un estremecimiento incomparable sacude las almas cuando el canto termina.

Porque, cuando quede en calma
mi cuerpo, vaya mi alma
a su eterna gloria...

El Amén sublime agota en un postrer esfuerzo las energías del cantor y la cabeza de Fray Jacopone cae sobre el teclado que gime al recibirla

con un acorde funeral. Sus hermanos le llevan a su celda desmayado y unas horas después la campanita del Convento anuncia a Todi que Fray Jacopone ha muerto. El pueblo que conoció sus devaneos y fue testigo de su estrepitosa conversión, que le vio anunciar la buena nueva por los caminos de la Umbria y que admiró su vida penitente, comenzó en seguida a darle el título de Beato que la Iglesia no le ha reconocido nunca. Sobre su sepulcro se lee: «Aquí yacen los huesos del bienaventurado Jacopone de Todi, fraile Menor, que insensato por amor de Cristo, con artificio nuevo engañó al mundo y arrebató el Cielo».

Fides

EL CANTO DE LA «SALVE»

En los luctuosos tiempos en que la media luna tenía en jaque al Occidente cristiano, los tártaros hacían frecuentes correrías a las ciudades limítrofes de Polonia, que fueron por muchos siglos baluarte y antemural de Europa contra los hijos de Mahomet.

Entre otras, la ciudad y castillo de Ostrog sostuvieron repetidos asaltos. En los comienzos del siglo XIV fueron pasados a saco; el Conde, señor del castillo, cayó al golpe de la cimitarra turca; su esposa murió en el camino, cuando la llevaban prisionera con otros vencidos; y su hijo, Casimiro, heredero del condado, que apenas contaba seis años, fue arrebatado también por los enemigos, con el intento quizá de venderlo como esclavo o acaso de restituirlo un día a sus parientes mediante un crecido rescate.

Habían pasado veinte años desde aquella catástrofe. Ignorábase el paradero del pequeño Casimiro, y aun creíase que había sucumbido a las fatigas y trabajos de la esclavitud, o, lo que era mucho peor, constreñido a renegar de la fe y abrazar el Corán.

La condesa Alina, única superviviente de aquella familia de valientes, gobernaba el castillo bajo la dirección y tutela de Constantino, su pariente. Era Alina hermosa en extremo, piadosa y virtuo-

sa, y había rehusado su mano a varios príncipes polacos, prefiriendo ser esposa de la desgracia y madre de los pobres. Quedábale en el fondo del corazón un resto de esperanza: «¡Si mi hermano viviese todavía! —se decía muchas veces—, ¡si pudiese tornar a ver a Casimiro!»

Cierto día corrió un grito de espanto indecible entre los ciudadanos de Ostrog: los tártaros se acercan. Y así era verdad. Inmensa nube de polvo aparecía a lo lejos, y luego viose entre ella una muchedumbre de bárbaros, caballeros en fogosos alazanes, que hacia la infortunada ciudad iban avanzando.

El galopar y los relinchos de los caballos era sobrepujado por el inmenso clamor y alarido que ellos levantaban al cielo, prometiéndose segura victoria y abundante botín. El caudillo de aquellas hordas feroces, Abdulbeg, era muy joven aún, pero el sultán le confió aquella jornada, porque, por su valor e intrepidez, de tal suerte se había conquistado la voluntad de los soldados, que con él al frente se juzgaban invencibles. Llegados a corta distancia de Ostrog, los tártaros se detuvieron. Su capitán subió a un altillo que allí se hacía, observó la ciudad y la fortaleza, y halló que eran los muros inexpugnables y muy acomodada la posición estratégica, por lo cual, en vez de dar repentino asalto, resolvió ponerle asedio. «Sitiemos por hambre a los ostrogueses, dijo; ellos tendrán que venir irremisiblemente a nuestras manos.» Y Ostrog fue sitiado con un cerco de hierro; quedaron cortadas las comunicaciones, con lo cual sus infelices moradores no pudie-

ron recibir de fuera ni noticias, ni refuerzos, ni provisiones.

El asedio duró muchas semanas; las vituallas comenzaron a faltar, y con las vituallas la esperanza y el valor. Los sitiados intentaron varias salidas, pero siempre en vano; cada vez que salían eran vencidos de los tártaros y quedaban o muertos o prisioneros. Entre éstos hallóse el anciano escudero de la condesa, a quien Abdulbeg perdonó la vida por sus venerables canas, contentándose con llevárselo prisionero a su tienda.

Pasaron aún algunos días, y el hambre hacía más estragos en la heroica ciudad. No se podía combatir porque no se podía vivir. Extenuados, y aun muertos, caían por las calles mujeres y niños; los soldados mostrábanse débiles para el combate. Comenzaba la desesperación a invadir los ánimos y muchos se preguntaban si sería mejor rendirse a discreción al tártaro o morir lentamente de hambre.

La condesa Alina había repartido ya entre los ciudadanos los víveres del castillo, y pensaba no ser conveniente exigir más sacrificios a su pueblo; pero, movida de una interna inspiración, dijo a su tío:

—Ninguna esperanza nos queda ya en la tierra; es necesario acudir al cielo. El ánimo de los soldados está ya harto abatido y sus fuerzas agotadas, por lo cual no es posible pensar en la resistencia. En lugar de guerreros nos hallamos con hambrientos y moribundos. Acudamos a Dios.

—Pero ¿qué intentas hacer, Alina? ¿No están siempre abiertas las puertas de nuestros templos?

¿No acude a ellos a bandadas el pueblo a implorar de la celestial patrona nuestra libertad?

—Escúchame, tío. Yo quisiera hacer llegar a la Virgen María el último grito de nuestra desventura. Mañana seremos o muertos o libres. Desearía se hiciese una pública procesión por las calles de la ciudad, en que todos tomaran parte. Cantaremos la «Salve Regina», la oración favorita de mi pobre madre. La Virgen nos oirá, y entonces, o con un prodigio de su gracia nos veremos libres de nuestros enemigos, o los tártaros, viéndonos inermes y agrupados todos, descargarán sobre nosotros sus flechas, y en este caso nos resignaremos contentos a morir al pie de la cruz de Jesucristo y de la imagen de su Madre bendita.

Al día siguiente desfilaba la procesión por delante de la iglesia del castillo. Era un sereno y apacible día en que el sol brillaba en medio de los cielos. Las campanas sonaban festivas, tal que sus notas parecían más repiques de fiesta que toque funeral de un pueblo preparado a morir, mártir de la fe y de la libertad.

Los tártaros, alarmados por el sonido, corrieron a los terraplenes, esperando que saliesen los sitiados para hacer liza con ellos. Suponían que trataban de una salida general y desesperada; pero bien pronto se dieron cuenta del género de armas de que se habían los ostrogueses.

Abría la procesión un venerable anciano, el conde Constantino, llevando en sus manos una brillante cruz de plata que resplandecía en los aires como la estrella matutina. Seguían en pos de él, pálidos y macilentos, niños y doncellas,

El Canto de la Salve

que, con los ojos puestos en alto y con las manos juntas imploraban del cielo ayuda y socorro; después las cofradías, el clero, el pueblo todo, en ademán de dolor y de súplica. Ondeaban cien estandartes religiosos, campeando sobre todo este conjunto como astro de luz y de esperanza la imagen de la Reina de los Cielos, último refugio de la desventurada ciudad. Cerraba la procesión la condesa Alina, que caminaba sola y triste y vestida de luto; la última del religioso cortejo como era la última de su familia.

Ante semejante espectáculo, los tártaros, ávidos de sangre y de rapiña, tenían ya a punto preparadas las flechas prontos a descargarlas. Esperaban sólo una señal de su jefe, el cual, sobre un caballo blanco, seguido únicamente del viejo su prisionero, hallábase a poca distancia, observando con toda atención la nueva y extraña estrategia militar. Un canto solemne, lento, armonioso, se alzó de entre aquella devota muchedumbre; no era grito de guerra, sino de súplica y de dolor: «¡Salve Regina!».

Sobresaltóse Abdulbeg al oír el canto de estas palabras; vínole a la mente un recuerdo confuso y lejano, y sintió que le penetraba el corazón. Continuaban las notas difundiéndose majestuosas y lentas por el aire, de modo que dejaban percibirse claramente las palabras; escuchaba el tártaro, escuchaba atentamente; cuando un estremecimiento súbito contrajo sus facciones enérgicas y fieras; dejó caer las riendas sobre el cuello de su caballo y se inclinó hacia adelante para po-

der mejor recoger aquellas voces que de tan extraña manera agitaban su ánimo.

«Ad te clamamus exules filii Hevae.» Tembló de nuevo; un sentimiento desconocido y una emoción profunda se apoderaron de él; sus mejillas palidecieron, comenzaron a agitarse convulsivamente sus labios; sus ojos quedaron fijos y clavados, como buscando un punto lejano, de él en otro tiempo harto conocido, mientras movía los labios para repetir aquellas palabras que no le eran del todo peregrinas. Pasaba y volvía a pasar la mano por la frente, como si quisiera despertar en su memoria un recuerdo que dijese con aquella plegaria. Mirábale atentamente el cautivo escudero, no sabiendo a qué atribuir las emociones que en el rostro se le mostraban.

«O clemens! O pia! O dulcis Virgo Maria!» Abdulberg se golpeó con furia la frente y exclamó:

—Pero si todo esto lo sé yo, o, al menos, lo supe. Oyeme, buen viejo. Yo no he nacido tártaro, pero ignoro mi origen, y, sin embargo, esta plegaria yo la he repetido otras veces. Recuerdo el desierto, y una mujer que, teniéndome sobre sus rodillas, me hacía repetir estas palabras. La rodeaban muchos soldados, y la respetaban, y ¡cómo no, si estaba agonizando! Ella puso la mano sobre mi frente y me dijo: «Reza muchas veces la Salve Regina». Me dio un beso. Estaban fríos sus labios; luego la vi yacer por tierra, pálida y descolorida. ¡Estaba muerta! Lleváronsela unos soldados. ¿Quién era aquella mujer? ¡Ah, sí!, yo la llamé entonces: ¡Mamá, mamá! Era mi madre.

Y una lágrima surcó las bronceadas mejillas del caudillo de los tártaros.

—¿Cómo, Señor? ¿Era vuestra madre? Luego ¿hablaba nuestra lengua? ¿Tenía nuestra fe? ¿Cuál era su nombre?

—Espera. ¡Ah, sí!, lo recuerdo. La llamaban condesa; pero no me ocurre su nombre. Yo no me llamaba entonces Abdulbeg. ¡No! Cuando aquella señora me besaba, ¡oh!, era en una corte, antes de aquella triste escena del desierto, y ella me llamaba ¡mi Casimiro!

—¡Casimiro! —exclamó enternecido el viejo—; ¿seréis, por ventura, mi amo? ¡Vos, el conde de Ostrog! —Y puesto, casi de rodillas, ante él, trataba de reconocer bajo el verde turbante los lineamientos de la familia de sus señores—. Sí, lo sois, sin duda; sois el retrato vivo de vuestro padre, aunque desfigurado por el traje y las armas que lleváis encima.

Abdulbeg le miraba confuso y asombrado.

—¿Yo el conde de Ostrog? En verdad que no sé yo que lo sea; pero tú, buen viejo, ¿has conocido a mis padres? ¡Ea, háblame de ellos, háblame también de mi hermana. Sí, tenía una hermanita dulce y suave y hermosa como un ángel! ¡Cuántas veces jugábamos juntos!... ¡Nos queríamos tanto!...

—¡Ah!, señor; vuestra hermana está allí; aquella señora joven que cierra el cortejo... Se llama...

—¡Calla! Deja que recuerde su nombre, que lo busque en el fondo de mi corazón. Mi hermana, mi dulce hermana... ¡Alina! ¡Se llamaba Alina! ¡Dios mío! ¿Vive?... ¿Es aquella?... ¿Qué dices?...

¿Es aquélla mi hermana?... ¿Esta mi patria?... ¿Este mi castillo?... ¡Y yo que estaba a punto de ser un fratricida!

La tarde de aquella memorable jornada, reúne Abdulbeg a sus oficiales, y, con semblante turbado, les dice que han llegado nuevas ciertas de que un numeroso ejército de polacos venía a Ostrog a marchas forzadas para libertarla; que se había de levantar aquella misma noche el sitio y hacer en cambio una correría hacia Moscovia.

La mañana siguiente, los vecinos de Ostrog viéronse como por milagro libres de aquellas ordas feroces de bárbaros, atribuyendo a prodigio del cielo su libertad.

Algunos días después, dos caballeros entraban en la ciudad: Casimiro y el anciano escudero. Alina obtuvo de la Virgen Santísima doble e inesperada gracia: la liberación de la ciudad y el hallazgo de su hermano, que creía perdido para siempre.

Abdulbeg depuso las armas y el turbante, como trofeo de victoria, al pie de la imagen de María, y, con las perlas y piedras preciosas del antiguo caudillo de los tártaros, formóse, como diadema, en torno de la estatua de la Virgen, una leyenda con estas palabras: «Salve Regina», que le restituyeron a la fe, a la familia y a la patria.

¡MADRE DE LOS DESAMPARADOS!
(Tradición valenciana)

A principios del siglo xv existió en Valencia un padre mercedario llamado Fray Juan Gilaberto Jofré, insigne varón, dotado de excelentes virtudes, entre las que se destacaban la Caridad y un acendrado amor al prójimo.

Por su iniciativa, y bajo su sabia dirección, se fundó en la ciudad del Turia, allá por el año de 1409, un hospital para locos, en el que eran recogidos también todos aquellos niños desamparados, faltos de hogar, huérfanos de toda protección, a quienes sus padres abandonaban a la caridad pública.

Para llevar a cabo de una manera digna su caritativa misión, el padre Jofré y los diez abnegados varones que con él iniciaron esta santa obra, pedían limosna de casa en casa; y de tal modo protegió Dios sus nobles esfuerzos, que, al poco tiempo, no sólo podían subvenir a los gastos de estancia de los pobres enfermos y de los niños recogidos, sino que atendían decorosamente a la educación de éstos y a la manutención de los peregrinos que a la hospedería del hospital acudían en demanda de albergue por una noche, para reparar sus fuerzas.

No contento con esto el padre Jofré, y ante la necesidad de ampliar el hospital y la residencia,

fundó también una cofradía para allegar mayores recursos a la piadosa obra, bajo el nombre de «Santa María dels Inocens».

La cofradía celebraba sus reuniones y sus ejercicios espirituales en un departamento del hospital convertido en capilla, y en su altar pensaron poner una imagen de Nuestra Señora, bajo la referida advocación «dels Inocens».

No era tan fácil, sin embargo, llevar a la práctica este laudable pensamiento, pues, según se desprende de los relatos que poseemos, los artistas de la época a quienes se encargó la escultura, o eran, a mi entender, mediocres, y no acertaron a realizar una obra digna de la Reina de los Cielos, o no pudieron los buenos cofrades reunir la suma necesaria para hacer el encargo a uno de los artistas de la fama del siglo XV.

Lo cierto es que pasaba el tiempo, y el lugar destinado en el altar mayor para colocar la anhelada imagen, permanecía vacío, sin que hubiese trazas de que se resolviese favorablemente aquel deseo de todos y por el que tanto estaba trabajando el padre Jofré.

* * *

Una noche, estando reunidos algunos cofrades y hermanos en el zaguán de la hospedería del hospital, llamaron a la puerta tres jóvenes peregrinos, pidiendo albergue por breves horas, diciendo que se dirigían al Pilar de Zaragoza.

Concedióseles inmediatamente asilo por aquella noche y fueron invitados a calentarse al fuego

que ardía en «l'allar» del zaguán, donde se hallaban departiendo amigablemente los cofrades.

Pronto la conversación se hizo general y por ella conocieron los peregrinos el fervoroso anhelo de los devotos de la Santísima Virgen y los infructuosos trabajos del padre Jofré para conseguir una talla digna de tan grande objeto.

Entonces, uno de los jóvenes peregrinos dijo así:

—La Divina Providencia, sin duda, ha guiado nuestros pasos hasta aquí, pues habéis de saber que nosotros somos escultores, y en este momento nos ofrecemos, desinteresadamente, y por amor a la Madre de Dios a realizar la obra.

Grande fue la alegría de los allí reunidos al escuchar tales palabras, y el hermano mayor contestó:

—Aceptamos muy gustosos vuestro desinteresado ofrecimiento, y os rogamos empecéis cuanto antes el trabajo, a cuyo efecto, os facilitaremos los materiales y herramientas que necesitéis.

—Esta misma noche, si os place —contestó otro de los peregrinos—, podemos empezar la obra, y dentro de tres días os prometemos que estará terminada.

—Proporcionadnos —añadió el tercer peregrino— un local apartado y solitario, donde nadie nos moleste ni nos interrumpa, que con la ayuda de Dios y de la Virgen María, os aseguramos que saldremos triunfantes de nuestro empeño, y dentro del plazo marcado por mi compañero, estará en vuestro poder la ansiada imagen de Nuestra Señora.

... ...

Diose parte inmediatamente de la llegada de los jóvenes peregrinos al padre Jofré, quien, al enterarse, se apresuró a proporcionarles cuanto necesitasen para realizar su promesa. Se les dio un apartado aposento del asilo y se les dejó alimentos suficientes para tres días, con el fin de no interrumpir su místico trabajo.

Transcurrieron tres días sin que los peregrinos diesen señales de vida, ni se oyese en la habitación el menor ruido, circunstancia que no dejó de extrañar a los hermanos del asilo...

Pasó otro día..., y un día más... Y la puerta de la habitación permanecía cerrada con llave por la parte del interior... ¿Qué habría ocurrido?

Habitaba en la casa una mujer, hermana del cofrade encargado del cuidado del asilo, que era ciega y estaba paralítica, la cual, al enterarse de lo que ocurría, aconsejó que forzasen la cerradura, pues, desde que llegaron los peregrinos, tuvo el presentimiento de que en ellos había algo sobrenatural.

El padre Jofré opinó lo mismo, y, al fin, después de llamar inútilmente repetidas veces, fue forzada la puerta. Y con gran sorpresa de todos, encontraron desierta la habitación, y sobre un taburete, una bellísima imagen de la Virgen María, con el Niño Jesús en sus divinos brazos.

En este momento, la pobre ciega y paralítica del asilo, curada milagrosamente, se precipitó en el improvisado taller de los peregrinos, y, postrándose ante la escultura, exclamó:

—¡Bendita sea tu Pureza, oh Madre de Miseri-

cordia, auxilio de los DESAMPARADOS! ¡Angeles del Cielo son los que han ejecutado obra tan perfecta!

Todos los circunstantes cayeron también de rodillas, elevando sus preces a la Virgen, en acción de gracias por el prodigio que acababan de presenciar.

... ...

Minutos después era conducida la milagrosa imagen, en solemne procesión, a la capilla del hospital y colocada en el altar mayor, donde fue objeto de la veneración de los fieles, bajo el nombre de Nuestra Señora de los Desamparados.

La devoción a la santa imagen creció de una manera prodigiosa al divulgarse la noticia de su origen angélico y de la milagrosa curación de la ciega, y era tal la aglomeración de fieles que acudían a diario a implorar de la divina Señora su augusta protección, que la capilla donde se hallaba expuesta en la plaza de la Seo, pronto fue insuficiente, por lo que se hizo necesaria la construcción de un templo de mayor capacidad.

Sin embargo, aun transcurrieron muchos años sin que se realizara este supremo anhelo de los valencianos, y, al fin, el día 15 de junio de 1652, en la casa llamada del Arcediano, se colocó la primera piedra del suntuoso templo, que fue terminado en el año 1667, donde se venera en la actualidad.

Relatar los milagros obrados por la Santa MAREDEUETA sería prolijo y haría interminable este trabajo, al cual no quiero dar fin sin decir que esta sagrada imagen es una de las más ricas

en joyas de cuantas se veneran en España, pues sólo la corona que ciñe sus divinas sienes es de inapreciable valor, por estar toda ella cuajada de brillantes.

Añadiré para terminar, que la fiesta de la Virgen de los DESAMPARADOS se celebra todos los años el segundo domingo de mayo, el poético mes de las flores, consagrado por el orbe católico a la excelsa Madre de Dios.

José R. Santonja

LA VIRGEN DE LAS AZUCENAS DEL ARABE AMIR

El castillo de Orbigo, construido en tiempo de la dominación romana y baluarte del Imperio contra los bárbaros, fue uno de los pocos que sobrevivieron a la invasión árabe.

Amir, el compañero de armas de Tarik, el caudillo que se había distinguido por su valor en cien batallas, mandaba las huestes que sitiaron el castillo. El asalto fue duro, feroz; los torrentes de sangre derramada tiñeron para siempre sus cimientos. Enardecidos por lo sangriento de la lucha y sedientos de venganza, penetraron los árabes en su interior. Lo recorrieron en su totalidad, saqueándolo despiadadamente; pero, al entrar en la capilla, se detuvieron impresionados por una bella aparición. Una mujer de maravillosa y deslumbrante belleza oraba, abstraída, ante la imagen de Nuestro Señor Jesucristo. Era Elvira, hija de don Juan de Cifuentes, el heroico defensor del castillo, que había sucumbido en la lucha. Pedía a Dios por la vida de su padre, ignorante de la desgracia que la había dejado desamparada y sola en el mundo.

Pasado el primer momento de sorpresa, los guerreros árabes se disponían a precipitarse sobre la castellana, cuando Amir, con gesto imperioso, los detuvo y los obligó a salir de la capilla.

Al volver Elvira de su ensimismamiento, se encontró a solas con el arrogante caudillo, que la miraba con impresionante fijeza. Serena y dueña de sí, le ordenó altivamente que dejase de profanar con su presencia la capilla; pero como Amir siguiese contemplándola absorto e impasible y avanzase en silencio hacia ella, se sintió presa de un repentino terror y se desplomó en los brazos del árabe, quien cubrió de besos las manos que se habían cruzado suplicantes.

Amir era un hidalgo caballero. Ordenó que se apagase el fuego que comenzaba a incendiar el castillo, que devolvieran a Elvira todos los objetos preciosos robados, y dio libertad a sus doncellas y a toda su servidumbre. La castellana se vio rodeada de respeto y seguridad. Durante los primeros días que pasó entregada a su dolor, Amir contuvo los ardientes deseos que sentía de verla de nuevo y la dejó sola.

Un día ella le llamó para testimoniarle su gratitud. Cuando el intrépido guerrero entró en la estancia, se sintió turbado como un niño. Escuchó con emoción las palabras de ella, traducidas por un intérprete, que le expresaban su agradecimiento y deploraban que, al recuerdo de los grandes beneficios que le debía, se uniera el de la sangre que los separaba. El le respondió bellas palabras de consuelo y de profunda admiración, declarándose su esclavo y su más rendido enamorado. Amir era alto, bello; sus ojos brillaban, animados por un fuego abrasador. Y Elvira, emocionada, sintiendo que el amor brotaba en su

La Virgen de las Azucenas del árabe Amir

pecho, le tendió la mano. Entonces el árabe, extasiado, se la besó.

Pasaron los días y los meses. Amir dio a Elvira innumerables pruebas de adoración; reconstruyó el castillo y montó una guardia con gente de su confianza; erigió un mausoleo en honor de don Juan de Cifuentes y de sus guerreros y llevó a la capilla un sacerdote cristiano. El amor de Elvira crecía; pero ella trataba de disimularlo y evitaba encontrarse a solas con el caudillo árabe. Sabía que todas las noches un hombre embozado permanecía bajo su ventana, y aunque nunca la abrió, dejaba siempre una luz encendida, que enviaba a Amir un saludo de esperanza.

En el alma del árabe se sostenía una continua lucha. Ante su amor, que aumentaba de día en día, se levantaba fatalmente la barrera de la diferencia de religiones. Aprendió el español, y en bellas canciones, que cantaba bajo la ventana, expresaba el dolor que le producía este obstáculo cruel. Pero el amor de Elvira elevaba su espíritu de una manera nueva y desconocida, y llegó un día en que lo antepuso a su deber y a su religión. Fue el día en que sintió celos.

Había llegado al castillo un apuesto caballero cristiano, pariente lejano de doña Elvira, que, enterado de la desgracia que la había dejado sola, acudió a ofrecerle sus servicios. Pronto se echó de ver la inclinación que por ella sentía, y Amir, azuzado por los celos, solicitó de Elvira una entrevista a solas. Y entonces, cayendo de rodillas ante la emocionada doncella, le comunicó su de-

cisión de hacerse cristiano. El amor de ella había triunfado.

Aquella noche Amir vio abierta por primera vez la ventana de la torre; sobre el alféizar brillaba una imagen de la Madre de Dios. A la mañana siguiente había junto a la escultura un ramo de azucenas recién cortadas. Era la ofrenda del árabe convertido. La leyenda nos dice que aquel ramo no se marchitó nunca y que estuvo con la Virgen muchos años en la capilla del castillo.

Amir se bautizó y tomó el nombre de Juan Bautista. En la peregrinación que hizo a Roma con su esposa fue confirmado por el Papa y recibió el apellido Fuerte. Sus descendientes no olvidaron nunca la leyenda de la Virgen de las Azucenas.

LA VIRGEN DE LA PUÑALADA
(Tradición boliviana)

I

Toda la América española está impregnada en tradiciones hermosísimas y devotas.

Esta narración que voy a contarte es tan pública que cada año recibe la veneración y desagravio de los fieles la venerada imagen que va a servirnos de protagonista y que está colocada en una hornacina del altar mayor del Hospital de la Paz. Dicen que el acta levantada a raíz del suceso se conserva en la biblioteca de los conventos de la ciudad.

II

Al lado mismo de la iglesia de San Francisco existía, allá en tiempos de la colonia española, una casita pequeña y destartalada: era el lupanar más inmundo, el garito más concurrido por los jugadores de oficio. Uno de los que asistían a este garito era el castellano Millán de Valdés.

Sin embargo, Millán tenía su buen fondo de piedad. Si alguien se lo pagaba bien, era capaz de cometer el crimen más abominable; pero si

algún sacerdote lograba tocar las dos fibras que en seguida vibraban en su alma, el amor a la Virgen y el recuerdo de su madre, se le veía llorar como un niño y en seguida prometer la más decidida enmienda. Mocetón de roble, capa larga, chambergo flamenco de amplísimas alas, enorme tizona al lado izquierdo, haciendo juego con el puñal del lado derecho, enormes bigotes que remataban en forma de cepillo gastado, y ya conoces a Millán Valdés de Corrales y López de Aponte.

¿Lo ves? Ahí viene al garito, para no perder la costumbre. Pero antes se descubre ante la imagen de la Virgen con el Niño en brazos, pintada en los mismos adobes que forman el muro de la casa contigua al lupanar.

Pues, bien, espera unas horas, y le verás, al salir, echar al cepillo que hay bajo la Virgen la mitad de lo que ha ganado en el juego. ¿Verdad que es tipo raro este Millán?...

Cuando la pasión le cegaba, el mocetón no era dueño de sí: no respetaba ni la fe, ni el amor filial, que era lo último que podía perder. Después, volvía a hablarle el corazón, era capaz de echarse a los pies del injuriado, prohijar a todos los hijos del que había dejado en el suelo víctima de su ira, entregarse a la justicia.

Con este rasgo de su carácter puedes comprender el crimen que va a perpetrar esta noche y que dejará huella en su conciencia cristiana mientras dure su vida.

III

Hacía ya varios días que Millán perdía en el juego.

La primera noche que perdió, al salir puso en el cepillo de la imagen algo del dinero que le restaba. La segunda noche, ni dejó dinero ni saludó a la Virgen.

La tercera salía con el pecho convertido en un volcán de fuego, y, lleno de ira y de venganza, se desató en denuestos y en injurias contra la Virgen y contra su divino Jesús.

Llegó la siguiente noche, y la suerte de Millán fue más adversa aún que las anteriores, y sale de la timba lleno de despecho, dispuesto a desfogar su cólera por las calles de La Paz.

Sólo la Virgen bendita, con su Hijito en sus brazos, estaba esperando al jugador con la cara sonriente, con la misericordia en los ojos, con la paz y la dulzura en los labios.

Al verla, Millán no pudo contener un ímpetu de venganza contra la santa imagen, que no había pagado sus limosnas dándole suerte en el maldito vicio que lo dominaba.

—¡Tú —gritó con satánica rabia—, Tú tienes la culpa, y tu Hijo también! ¡Toma por desagradecida!

Y sacando el puñal en aquel momento de paroxismo, descargó sobre la frente de la imagen una terrible puñalada. Un raudal de sangre fresca brotó de la herida, corriendo por las mejillas de la Virgen.

La Virgen de la Puñalada

Pero Millán no lo vio, estaba ciego, y con la misma violencia con que hirió a la Madre, cerró, puñal en mano, contra el Hijo.

—¡A Él, no, Millán: a Él, no! —se oyó decir a la santa imagen, que, separando el brazo izquierdo del cuadro donde estaba pintada, puso la mano delante del rostro del Niño, recibiendo en ella la segunda herida.

El asesino pudo ver el movimiento de la imagen; vio salir sangre tibia de la mano de la Virgen, que le manchó la suya, y, tirando el puñal en el suelo, desapareció entre las sombras de una callejuela, huyendo con vertiginosa carrera de su propia conciencia, que la llevaba dentro de su mismo ser.

IV

Eran las tres de la mañana.

El Hermano Juan, que estaba de guardia en el Hospital de San Juan de Dios, de la misma ciudad de la Paz, se sentó en la portería a rezar su rosario. De pronto, y cuando el sueño comenzaba a cerrar sus párpados, oyó dar unos golpecitos en la puerta de la calle.

—¡Enfermos a estas horas! —se dijo, levantándose del banco y tomando la llave—. Grave debe ser la cosa. ¿Quién es?

—Abra Hermano, abra que me estoy desangrando.

Abrió el Hermano Juan, y una señora de buen porte, de hermosura peregrina y con un niño pe-

queño en el brazo derecho, penetró en la portería.

De una ancha herida en la frente manaba sangre, que el niño procuraba detener con un pañolito, y la mano izquierda, que traía vendada, daba a conocer que otra herida más debió descargar el asesino sobre su indefensa víctima.

—¡María Santísima! —exclamó el Hermano, llevándose las manos a las sienes—. ¡San Juan de Dios me valga! ¿Quién os ha herido de ese modo, señora?

—No, no me preguntéis su nombre, que al fin y al cabo es hijo mío. Curadme, Hermano, que ya sabréis mañana lo ocurrido.

El Hermano vendó como pudo las heridas de la enferma.

—¿Queréis confesaros, señora? Llamaré a un sacerdote en seguida. Mirad que es grave esa puñalada que tenéis en la frente.

La señora se sonrió, miró a su hijito con cariño, y dijo al Hermano por toda respuesta:

—Gracias, Hermano, gracias; no me remuerde la conciencia de pecado alguno.

—Entonces, venid conmigo al departamento de mujeres y descansaréis.

El Hermano cerró la puerta del Hospital y echó adelante, seguido de la mujer.

A poco notó que no se oían sus pasos. Miró atrás y no vio a nadie. Buscó, llamó, todo en vano. La señora había desaparecido.

V

Al día siguiente, un inmenso gentío se arremolinaba enfrente de la imagen que estaba junto al garito de juego. Un charco de sangre manchaba las piedras que estaban bajo el marco del cuadro, y dos heridas, frescas aún, ostentaban el carmín rojo en la frente y en la mano de la Virgen.

—¡Es un milagro, un milagro, pero de los gordos! —mascaba una vieja con sus labios de rábano a medio secar.

—¡Es un crimen, un crimen, pero de los horribles! —gruñía un viejo veterano del Santo Oficio, mirando la sangre del suelo.

—¡No piséis esa sangre, que es de la Virgen Santísima! —gritó una mujer del pueblo, tendiendo su vistoso poncho sobre las piedras.

—¡Paso, paso a la autoridad eclesiástica! —se oyó decir a uno de los padres franciscanos, que acudía al tener nota del suceso.

—¡Padre, milagro, milagro! —gritaban unos.

—¡Padre Prior, justicia, justicia! —clamaban otros.

—¡Por Dios y por la Virgen! —exclamó el Padre Prior, abriéndose paso por entre la muchedumbre—. Dejad que vea bien las heridas.

El padre franciscano, subido en una escalera, tocó la sangre de la herida que la Virgen tenía en la frente. Varias gotas de rojísimo carmín rodaron por las benditas mejillas de la efigie, y un grito agudo, atronador, salió de todos los labios.

—¡Milagro, milagro! ¡Es un milagro!

—¡Calma, hijos míos, calma! —les dijo el Prior, más emocionado que ninguno—. Caed de rodillas y rezad conmigo a la Madre de Dios, que por su imagen ha querido obrar este prodigio.

Apenas la muchedumbre se había postrado de hinojos y comenzado la Salve, un joven con la cara desencajada, con la melena descompuesta. abocó por la calle vecina, empujando a unos, separando a otros, y, dando gritos de dolor, cayó de rodillas en medio de las piedras ensangrentadas. Era Millán, que venía a pedir perdón a la Virgen, agarrándose como un loco a las paredes del muro; allí prometió volver descalzo a España, para visitar a pie los santuarios todos de la Madre de Misericordia; allí mezcló sus lágrimas de arrepentimiento con la sangre de su pecado, y de allí le trasladaron a San Francisco, cuando la fuerza de su dolor, privándole de sentido, le hizo rodar en las húmedas piedras de granito.

VI

El conflicto era de tal importancia que ni la autoridad del señor Obispo lo podía dirimir.

—¡Cómo! —decían los padres franciscanos en medio del litigio—. ¿Quién no ve la razón de nuestra parte? ¿No estaba la milagrosa imagen en los muros mismos de nuestra iglesia? Pues, ¿en qué iglesia se le ha de dar veneración sino en la nuestra?

—¡Imposible, imposible! —interpelaban los

Hermanos de San Juan de Dios—. ¿No vino Ella misma a nuestro Hospital para curarse? Si se tratase de otra clase de milagro, en hora buena que se la llevasen los padres de San Francisco; pero se trata de una herida, de una enferma, y ¿dónde ha de estar mejor que en el hospital?

—La excelsa Señora pertenecía a nuestra parroquia y en ella ha de quedarse.

—De ningún modo: la Señora mudó su domicilio al hospital, y hasta que no se le curen sus heridas, nuestra ha de ser.

Tanto se agrió la contienda, santa y justa, que el señor Obispo dispuso que los padres de San Francisco se la llevasen de noche, pues a ellos parece correspondía tan rica adquisición.

Y es fama que al hundir los picos para arrancar los adobes donde estaba pintada la imagen, jamás pudieron hacer mella en la tierra blanda y deleznable.

Era ya cosa cierta que la divina enfermita quería volver al hospital. Allí se dejó conducir con tanta facilidad que ni un desconchado sufrió el adobe al sacarlo de la pared, y, por fin, en devota procesión, fue conducida a la iglesia del hospital y colocada en el altar mayor, donde hasta el día de hoy se venera.

Yo he subido a verla de cerca, bien de cerca, y la he contemplado a mi sabor.

La herida de la mejilla aun parece que va a brotar sangre fresca: la de la mano parece estar cerrada, pero se ven varias gotas de sangre verdadera, seca, que ha brotado de aquella herida a medio cerrar que la Virgen tiene en la mano.

Muchas tradiciones he oído sobre el cariño que la Virgen tiene a los hombres; pero pocas me han impresionado tanto como esta dulcísima historia de la Virgen de la Puñalada como yo la llamo, o como se la llama en La Paz, la Virgen de los Desamparados.

Alberto Risco, S. I.

EL JUGLARCILLO DE LA VIRGEN

I

Hace ya muchos años —algo más de quinien-
[tos—,
iba por los caminos largos y polvorientos
de Francia, un muchachillo de ágil cuerpo del-
[gado,
en dorada melena el pelo recortado
(que así se usaba entonces hasta por los mayo-
[res),
y ojos grandes y tristes, un tanto soñadores,
con el color azul de los lagos serenos.

El chicuelo tendría doce años, más o menos.
Su vestido era viejo, pero tan bien llevado,
que se diría el traje de un príncipe arruinado,
pues algunos remiendos de distintos colores,
más que trozos de tela, parecían ser flores.

Caminaba derecho, liviano, ágil, contento,
de ciudad en aldea, buscándose el sustento;
pues, aunque el juglarcillo ni una dobla tenía,
siempre iba confiado en la Virgen María.

No tenía ni padre ni madre el juglarcillo.
Su sola compañía constante era un perrillo

lanudo, saltarín, sumiso y zalamero,
inseparable y fiel amigo y compañero.

A los hombros llevaba nuestro juglar, liada,
una alfombra raída, muy mugrienta y usada;
y, envueltos en la alfombra, cuchillos y pelotas
y unos platos muy viejos con las orillas rotas.

Era todo su ajuar y todo su tesoro,
pero el juglar no ansiaba las riquezas ni el oro.
Iba siempre feliz y sin más compañía
que el perro y su confianza en la Virgen María.

En la plaza de la ciudad a que llegaba,
extendía la alfombra en el suelo; tocaba
una especie de larga cornamusa estridente;
en torno de la alfombra se agrupaba la gente,
y el muchacho lucía sus mil habilidades
y ya era conocido por villas y ciudades.

Allí lanzaba al aire sus cuchillos agudos.
Burgueses y burguesas, embobados y mudos,
veían tres cuchillos por el aire, primero;
luego, cuatro; y por fin, cinco. El juglar, ligero,
los cogía, los echaba, atento y oportuno,
y nunca se cortaba, ni iba a tierra ninguno;
de manera que, a ratos, los paisanos sencillos
veían a un mismo tiempo volar cinco cuchillos,
que como aspas pequeñas de molinos giraban
y las manos del niño apenas los tocaban.

Luego, jugaba con las pelotas un rato.
Y después colocaba, como al descuido, un plato

en la punta de un largo bastón mientras movía
imperceptiblemente la muñeca, y lo hacía
girar sobre el extremo del palo; y, entretanto,
danzaba por la alfombra o empezaba algún canto.

El público reía, y en algunas ventanas
se asomaban, curiosas, las bellas castellanas.

Unos soldados, todos cubiertos de armaduras,
detenían su paso para ver las figuras
que hacía el juglarcillo dando, alado y ligero,
en torno de la alfombra sus vueltas de carnero,
mientras el perro, ladra que ladra, le seguía
con saltos y corvetas, hasta que se rendía.

Al final, el juglar tendía su montera,
y la gente aplaudía, y en la alfombra rastrera
caían las monedas de todos los bolsillos;
eran monedas chicas, como los centimillos
de ahora... Lo bastante para un pobre yantar,
que no saciaba nunca ni a perro ni a juglar.

Sólo de tarde en tarde, en un castillo fuerte,
nuestro juglar podía encontrar mejor suerte,
cuando, al pasar mirando a las altas almenas,
le llamaban algunas damas nobles y buenas
y le hacían pasar al salón del castillo,
donde, luciendo todo su arte, el juglarcillo
era admirado por la corte de señores,
de damas y guerreros, dueños y trovadores,
y después recibía, muy limpias y brillantes,
unas grandes monedas, contantes y sonantes.